

Domingo XVI del Tiempo Ordinario (20-07-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy en este pequeño evangelio (Lc 10, 38-42) se nos da una enorme riqueza de vida porque se resumen las actitudes que ya Israel, en el Antiguo Testamento, en la larga historia que hubo desde Abraham hasta el tiempo de Jesús, se mantenía como una de las características del pueblo hebreo: la acogida, el ser acogedores, especialmente, de los desconocidos, en este caso, de estos tres que aparecen, que ahora ya hemos interpretado como una especie de anuncio de la Santísima Trinidad, el Dios que nos visita. Pero es una cosa muy interesante porque los israelitas siempre pensaban, en el sentido más antiguo, que la visita era siempre la visita de Dios. Cuando nos visita alguien, lo acogemos porque es Dios que nos viene a visitar.

Así, también, la aparición del niño de Eten en la Hostia significa eso, una visita que nosotros hemos acogido y ustedes han desarrollado toda una devoción que ha marcado a Eten, en Chiclayo. Y así, ustedes han mantenido también esa capacidad de acoger, como ayer en

la noche en la Catedral de Chiclayo ha sido muy lindo con toda la gente y su alegría. Y cómo será el día que el Papa León XIV nos visite. Eso va a ser la irrupción total en Chiclayo, no cabrá ni un alfiler porque todo el país se irá a Chiclayo.

Ese corazón para acoger es fundamental porque nos dice mucho que el ser humano es un ser creado para ser hermano. Lo decíamos ya en los domingos pasados: tenemos ojos para ver adelante, al Otro; manos y brazos para abrazar, no para matar ni para destruir; tenemos una lengua para conversar. Y eso es lo que vemos en estos dos textos.

En el primero texto del Génesis, hay un paso que luego se profundiza en la lectura final, que es la lectura del Evangelio. Vamos a reflexionarlo brevemente. ¿Qué pasa en el primer texto? En el primer texto del Génesis (18,1-10a) hay esta visita de Dios a través de estos tres personajes extraños - porque se habla de tres y de uno a la vez - y lo interesante es que están ellos -Abraham y Sara- como de vacaciones, están en la Encina de Mambré, que es un sitio caluroso. Y lo primero que hace Abraham es acogerlos y buscar darles de comer, y le dice a Sara que de una vez se organice. Luego, les da de comer, todos le aceptaron, comieron todos muy bien, como a mí me

sirvieron Cabrito a la Norteña, ayer en Chiclayo. Y él se queda de pie observándolos, contemplando cómo comen.

Quizás, no hay una conversación mayor, pero sí un hecho de contemplar a Dios. Y hay un anuncio de lo que nos va a decir el Evangelio. En el Evangelio tenemos a Marta, que está como loca para ver cómo atiende a Jesús. Y, simultáneamente, su hermana, María, que es acusada de ociosa porque está contemplando al Señor y dice: “¿cómo es posible que no me ayude?”. Y eso nos pasa a todos a veces, ¿no? Estamos más preocupados por el modo y detalles de la acogida que la acogida como la quiere el Señor.

Y allí hay una cuestión muy importante porque no hay una contradicción entre ambas, ambas quieren acoger al Señor. Solo que hay una nota esencial: María quiere escuchar su Palabra y contemplar el ser del Señor, un poco mas que la mirada de Abraham. Y eso es muy importante porque, entonces, ¿qué pasa cuando nos apuramos en muchas cosas? Es verdad que siempre hay que organizar para el huésped todo lo posible de atenderlo bien, pero, a veces, no hablamos con el huésped; a veces no le dirigimos la palabra pero sobre todo no lo escuchamos, solamente es un poquito atenderlo y nada más. Y no, el Señor quiere que escuchemos al huésped y, en este caso, si Él es el huésped con mayor razón.

Para eso se necesita intimidad, tranquilidad y, sobre todo, capacidad de contemplar el camino del Señor, su palabra en el camino que está haciendo y que, en este caso muy concreto, está visitando a dos amigas mujeres, cosa muy importante porque en la época no se solía tener amigas mujeres para los varones, como las tenía el Señor, y mucho más Jesús. Normalmente, las amistades eran siempre diferenciadas, por un lado los varones, por otro las mujeres. Y esto es muy importante porque, entonces, Jesús nos hace ver que todos los seres humanos podemos encontrar el camino cuando escuchamos.

Uno de los problemas más fuertes que tenemos en nuestra Iglesia es que, salvo en la homilía del domingo, en las lecturas, escuchamos poco lo que nos dice el Señor en los evangelios que nos han sido escritos para que los escuchemos. En la educación nosotros mismos como Iglesia hemos fallado un poco porque hemos adoctrinado y no hemos confrontado nuestra vida con la vida de Jesús.

Y, por eso, este evangelio nos recuerda que la fe cristiana no es un conjunto de verdades que se recitan de memoria, sino es una experiencia que entra en nuestra experiencia de vida y, confrontándolas, permite encontrar muchos caminos interesantes. Cuando se adoctrina – como bien dice el Papa León XIV – es algo así como enseñar de paporreta, preguntas y respuestas, todo el mundo a decir

todos exacto y tal como está establecido, algo así como que todas las verdades están ya definidas y todo está claro. Eso es una mala costumbre cristiana o católica, porque esa mala costumbre consiste en que repetimos como loros y no levantamos, no ayudamos a acompañar la belleza de lo que vivimos con sus problemas y las confrontamos con la belleza y los problemas que tuvo Jesús.

Los escritos del Evangelio se hicieron justamente para que, dejándonos una narración, confrontáramos la narración de nuestra vida con la narración del Señor y sacar algunas ideas sabias e inspiradoras. Y, entonces, al revés, pensamos que, para poder desarrollar la vida cristiana, tenemos que aprender la doctrina y aprender a ser católicos que obedecen y son todos igualitos, todos cortados por la misma tijera.

Ustedes han visto que, en la diversidad de advocaciones que tenemos al niño Jesús, a la Virgen, el Señor de Milagros, se expresa la diversidad de experiencias que narran nuestra historia, en donde nos hemos encontrado con el Señor y han quedado para muchos años. Pero hay otra cosa más: si seguimos nosotros encontrando a Jesús, leyendo juntos el Evangelio, cada uno va a sentir de diferente manera una inspiración que le permitirá caminar en su vida.

Y uno de los problemas que más difícilmente afrontamos es cómo mi vida y nuestra vida tiene un valor, cómo mi vida tiene un problema, y cómo, en mi vida, gracias al valor, puede superar el problema. Y encuentro, entonces, en los ejemplos del Evangelio, que están llenos de parábolas, cuentos, anécdotas de Jesús y, sobre todo, ese camino que hoy día llamamos “sinodal” de Jesús, en donde va con sus discípulos caminando juntos, pero afrontan el rostro del que sufre y le pregunta: “¿Qué puedo hacer por ti?”. Jesús va caminando con la gente, no va arrollando, va conversando, dialogando, va retrocediendo al costado, a la derecha, va comprendiendo. Y así es que vienen los discípulos, no les impone serlo o les dice si no lo hacen se condenarán. Eso nunca lo escuchamos en Jesús.

Los discípulos nacen al calor de un trato de Jesús profundo con las personas. A veces con un gesto, a veces con un milagro; a veces con una conversación. Este caso se parece mucho al caso de la pecadora, en el texto del capítulo 4 de Juan, esa mujer samaritana que tenía cinco maridos y con el que estaba no era su marido, pero que el Señor le pide: “Dame de beber”, conversando con ella.

Hermanos y hermanas, la conversación y la acogida es fundamental en nuestras vidas. Y si el Papa León ha retomado muy claramente el camino del Papa Francisco es porque nos falta conversar en el mundo. Y, al contrario, han

surgido las imposiciones, las arrogancias, las mudeces. Acuérdense muy bien que Caín mató a Abel con la mudez. En vez de preguntarle al Señor: ¿Por qué lo quieres más a él que a mí?”. En vez de decirle a Abel: “Abelcito, a ti te quieren más, hermanito. ¿me siento mal? Estoy medio arrebatado contigo por eso, ¿qué podemos hacer para que también me quiera a mí?”. Y en vez de decir eso, agarra la quijada de burro y se la tira encima y lo mata.

Ese es el mundo que estamos viviendo actualmente, y tenemos el deber, todos juntos, de ayudarnos para salir del entrampamiento de la arrogancia, el entrampamiento del odio, del desprecio, como lo estamos viendo en estos días, sobre todo, con los migrantes en el mundo.

En España ha habido un congresista que ha dicho que están “sobrando” ocho millones de migrantes. ¿Sobrando? ¿Y a dónde van a ir? ¿Son sobra entonces? ¿Acaso no están “sobrando” algunos dirigentes que no hacen nada por la gente? Y, sin embargo, nunca decimos nosotros que sobran, también son importantes, pero tendrían que tener la misma actitud con todos aquellos que sufren y que trabajan duro para sacar adelante a sus familias, inclusive, a los pueblos, inclusive a la España u otra nación que pueda haber. Y, sin embargo, no hay agradecimiento a todo el esfuerzo que están haciendo esas personas sencillas y

pobres que salen por los países buscando una esperanza porque en sus países no lo hay tanto.

Por eso, hoy día, es el día de que todos nos llenemos del espíritu de María, la amiga de Jesús, y también de la preocupación de Marta, pero en donde lo más importante sea siempre concentrarnos en el Señor para aprender sabiamente las cosas, escuchando su Palabra. Y terminamos con eso: aprender sabiamente las cosas no es buscar la sabiduría como una especie de conquista. La sabiduría todo ser humano la tiene porque tiene experiencia, lo importante es que contemplemos nuestras experiencias leyendo nuestra vida a la luz de María de Jesús. Y para eso tenemos que contárnoslo primero a nosotros mismos.

Yo les he recomendado ayer a los chiclayanos que cada uno haga una historia de su vida. Y así lo estamos haciendo con los seminaristas también. Nos hemos encontrado con una cosa muy seria en nuestra diócesis, que la mayor parte de los sacerdotes no conocen su historia y se forman para ser funcionarios. Y, entonces, no cuentan su vida, no comparten, parecen como que son perfectos porque hay una serie de normas que ellos cumplen, pero... la procesión va por dentro. Cuando uno no sale de sí, y cuenta a un amigo, a una amiga sus problemas, su historia, uno se encierra y un día estalla. No

podemos seguir teniendo una humanidad en donde las personas estallen, tenemos que ayudarnos unos a otros a compartir. Y es fundamental que comencemos mirandonos a nosotros mismos con realismo en la historia que vivimos.

Que este día, entonces, sabiendo que lo principal es conversar con el Señor y escucharlo, Él nos va a enseñar una forma nueva de salir de nuestros problemas, conversando. Sobre todo, porque Jesús siempre habla de la relación con el Padre que Él tiene: “Tú y Yo somos uno”. “Tú en mí, Yo en ti”. Como que, cuando uno intercambia con el otro, cada uno acoge la vida del otro dentro de si y así, entonces nos hermanamos. Este camino es indispensable para poder generar la paz y el Papa León XIV nos ha dicho que es el “tiempo del amor”, el tiempo de “la revolución del amor”. Tenemos que todos imaginar cómo vamos a hacer, como cristianos, la revolución del amor a través de la concentración, el diálogo con Jesús y el diálogo con los hermanos.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y que podamos hacer ese camino de reparación de la humanidad en las situaciones más difíciles para recrear la humanidad en esta situación extrema que le ha tocado ahora al Papa León XIV afrontar y que, por lo menos, por su juventud,

durará bastante tiempo todavía, en donde todos hemos de colaborar.

Gracias a los chiclayanos por haber venido también aquí hoy día. A los eteños. Gracias de verdad.